

EL DETERIORO DEL MEDIO AMBIENTE

Mariano BAYON ALVAREZ

Hace algunos números, en esta misma revista, hablábamos de cómo en la Sierra de Madrid quedaba abierta la brecha para una nueva frontera de la especulación del suelo: la especulación de blanco hacia las áreas metropolitanas.

Nos referíamos a El Escorial para concretar y aludiendo a que el fenómeno tiene una mayor dimensión y que además es un fenómeno de urgente e indispensable análisis. El deterioro del medio ambiente urbano, ya sea en la ciudad histórica, en las áreas metropolitanas o en la gran urbe es un problema que cada día ocupa más páginas en los periódicos y en la prensa oficial por sus consecuencias muchas veces escandalosas: polución ambiental, contaminación, destrozo de la ciudad histórica, gravedad en la desaparición de zonas verdes, etcétera. Son los puntos más extraños y evidentes, aunque no los más graves de un tema más amplio que casi siempre se elude en toda su dimensión precisamente porque su discusión plantea preguntas globales sobre la constitución cultural y medular de nuestro ordenamiento social.

Las ciencias del medio ambiente, la biología, la ecología, etcétera, se desarrollan cada día más, mientras que, al mismo tiempo, el suicidio comunitario de gran parte de los habitantes del globo y la muerte gradual de su entorno físico presentan tales características de aceleración que han urgido la atención de las organizaciones mundiales, más o menos responsables de la salud o la higiene de los humanos. Pero, en efecto, el plantearse, con cierto rigor y profundidad, las actuaciones que llevan a tal estado las cosas y el inquirir sobre su verdadera gestación exigiendo claros responsables es algo que, sin duda, remueve los fundamentos de los actuales

conceptos sobre la ordenación de territorio, y la utilización de los recursos humanos. Y, por tanto, como decíamos, denuncia, de forma insoslayable, los criterios con que tal utilización y ordenación de recursos se ha montado en nuestra sociedad.

Existen en España, y de forma más numerosa en otros países, entidades de mayor o menor importancia (en Francia existe ya un Ministerio del Medio Ambiente) que, de una u otra forma, intentan atajar el problema, no conseguido apenas. En muchos de los casos aparece complicado en el asunto ese extraño espécimen que se ha dado en llamar "diseñador del entorno físico del hombre" como para no aclarar nada sobre el tema, indicando a veces que pueda ser un urbanista, un ecólogo, un naturalista, un arquitecto, un paisajista, etcétera. Pero el verdadero "contaminador", el auténtico "deseccador general", ése no aparece nunca claramente descubierto. Mientras ante algunos negocios existe una denuncia, una acusación concreta, el hombre de las ciudades, el hombre del campo, se alía, cada vez con más estrechos lazos, a una carrera que le lleva a su propio exterminio y sobre lo que no puede hacer nada más que asentir: un mecanismo complicado pero perfectamente coherente y rigurosamente codificado transforma su aire en elaborados objetos aptos para su ineludible consumo.

MÁS QUE LA ESPECULACION DEL SUELO

En esta sociedad de la autodefensa, del instinto de conservación no tiene apenas sentido la crítica ni la denuncia pública, ni apenas la denuncia personal. Todo se consume:

las propias palabras que se escriben se van asimilando al sistema mientras van girando los rodillos de las máquinas impresoras. Todo se asimila perfectamente. El discutir hoy sobre especulación del suelo, el denunciar incluso casos concretos es cosa vana, bien vista a veces, cosa promovida e incluso utilizada por los propios especuladores. Ya se ha hablado todo, se ha dicho de todo. Se ha llegado, a veces, a denunciar públicamente sin pronunciar su nombre propio, pero sí un cargo, y ha dado igual. En el peor de los casos surge un nombre, una denuncia, saltan unos abogados y papel, papel mucho papel. Y tiempo. A quien tenga dinero suficiente para poder aguantarse un tiempo sin utilizarlo y tenerlo metido entre solares, edificios y abogados, se le puede asegurar el éxito completo. No existen criterios de convivencia en nuestra sociedad; es la ley de la autodefensa, del instinto de conservación, la ley del más fuerte. No hay salida.

Pero todo ello no es ni mucho menos casual; hay, por supuesto, una estructura que lo soporta, un entramado de relaciones creado, rigurosa y cuidadosamente, para que todo esto sea posible. Wriglit Urills lo decía muy bien: "Se ha hablado mucho sobre la ausencia de un orden discernible en nuestro medio ambiente. A mí esto me parece estúpido. ¿No son acaso la ganancia capitalista y la acumulación de capital el denominador común de todo ese orden? ¿No son características de nuestro medio los intereses privados inmobiliarios y la publicidad desatada? Para ellos, nuestras ciudades no resultan, en modo alguno, desordenadas: al contrario, las encuentran tan ordenadas como los archivos de sus títulos de propiedad".

Pero la especulación del suelo no es más que el principio. La "estructura portante" del



edificio opresor sustenta simplificaciones en todos los terrenos; usura del oxígeno, muerte en la naturaleza, contaminación en los recursos naturales, etc. ¿Será posible resolver algo en ese edificio sin derribar la estructura portante? Un aparato edificado para obtener, para algunos, algunos las máximas ganancias, ¿podrá ser utilizado para otros fines opuestos? La respuesta es no. Todos los ministerios del medio ambiente que se creen, las organizaciones mundiales de la salud o las asociaciones de defensa de la naturaleza no podrán contrarrestar ni siquiera preocupar al interés económico del capital. La lucha está, pues, planteada en términos desiguales.

Pero la pregunta que surge inmediatamente es cuánto tiempo pasará hasta que esta situación sea insufrible, hasta que la contaminación, la desecación o la muerte lleguen a límites de destrucción como los que ya se adivinan. Y esta pregunta es nueva, no estaba prevista, no se llegaba a tanto con la especulación del suelo.

LAS ESPECULACIONES DE LOS PATRIMONIOS HUMANOS

Una empresa urbanizadora del Area Metropolitana de Madrid se anunciaba, recientemente, diciendo "vendemos aire", aire puro, aire preciso para quien, de continuo, trabaje en la urbe o se ha cansado ya de vivir en ella sin sol y sin oxígeno. Realmente el "slogan" es una verdad, no es una ficción publicitaria común, es el fiel reflejo de una realidad. La nueva frontera de la especulación no se refiere ya sólo al valor del suelo urbanizado y plusvalorado, hoy se

especula con el aire, con el agua, con la salubridad de los montes, con la naturaleza, con el equilibrio ecológico, con todo aquello que es el más cercano e insoslayable patrimonio humano.

La especulación se fundamenta en la creación de una base falsa con algo que se ha comprado a un precio bajo (en circunstancias favorables), que después se manipula y que, más tarde, se vende a sus antiguos legítimos dueños por un precio mayor que el que a ellos se pagó. Siempre hay que "someter" a los usuarios a la presión de la oferta, es decir, éstos no pueden hacer otra cosa más que comprar, la propaganda lo garantiza y obliga.

Cuando una fábrica de botellas contamina la cuenca de un río y esas botellas están destinadas a contener agua para beber, porque él ya no vale, se está produciendo un fenómeno de trágica y sarcástica especulación de un patrimonio humano. Cuando una ciudad carece de suficientes medios comunitarios de transporte y los gases de los automóviles individuales dejan sin sentido (sin oxígeno) la ciudad, algo parecido ocurre; cuando una empresa enarbola la bandera de la protección del paisaje y la naturaleza y como toda actitud toma la de urbanizar o la de edificar un Parador, ello aclara la falsedad de sus intenciones. Cuando, en fin, un plan nacional acaba por enrarecer el ambiente físico, polucionando las ciudades o contaminando las aguas, permitiendo industrias que hagan suyo algo que es de todos como el aire, el agua o la naturaleza, se está olvidando el fin común que debe perseguir cualquier actitud realmente planificadora.

ENTRE LOS INTERSTICIOS DE LA CULTURA

Por otra parte existe otra dificultad; el edificar un cuerpo de ciencia que se ocupe, con suficiente rigor, de las técnicas de tratamiento del medio ambiente. Hemos recibido una cultura sectorial que nos daba instrumentos para analizar un problema diciéndolo en partes abarcables más fácilmente. El análisis, por ejemplo, de una gran zona natural verde puede hacer intervenir a su alrededor a todas o casi todas de las "disciplinas" en que sectorialmente divide nuestra cultura cualquier problema: existe análisis desde el punto de vista del ingeniero de montes, del medio higienista, del sociólogo, del economista, del ecólogo, del ingeniero agrónomo, del biólogo, del urbanista, del arquitecto, del arquitecto paisajista, etcétera. El problema tiene implicaciones en cualquiera de esas ramas pero en ninguna de ellas encuentra concreción y estudio. Los problemas del deterioro del medio ambiente están situados entre los intersticios de la cultura sectorial en que todavía nos movemos. Este hecho agrava la lucha en defensa del equilibrio ecológico.

En España, por ejemplo, se están dando algunos de los casos más alarmantes de deterioro del medio ambiente, (en sucesivos artículos veremos algunos casos concretos), no sólo en lo referente a polución de aire ciudadano y a la contaminación de cuencas fluviales, sino que también existe una muy movida actividad de promotores que intenta convertir las zonas verdes, los paisajes o los posibles parques nacionales, las costas y las



La conservación de la naturaleza es la base del equilibrio ecológico del universo. Durante mucho tiempo la riqueza de medios naturales ha ocultado la especulación muy rentable del medio ambiente: agua, oxígeno, riqueza natural, paisaje, etc. A la derecha, el Lago de Sanabria, tema candente ante el intento de parcelación de un bien público.



Polución del aire. Especulación con la más vital fuente. Hoy los postulados que originaron la Ciudad Industrial están en revisión, y una "cultura verde" está sustituyendo muchos de ellos. A la derecha, Especulación del tiempo: el automóvil es hoy, más que un móvil rápido un problema de eliminación. El número de coches abandonados aumenta rápidamente. Después son prensados y devueltos a la industria. El Presidente Nixon ha propuesto incluir los gastos de demolición en el precio de la compra del coche.



montañas en urbanizaciones y zonas de recreo urbanizador, sin reparar en la función de control ecológico de las grandes zonas naturales. Son promotores, en muchos casos, extranjeros que, al socaire del turismo, deciden "poner las manos sobre el territorio". En realidad se podría decir que los más avezados especuladores de toda Europa vienen a nuestro país en busca de "alicientes turísticos" de los

que obtener rentabilidad. Pero en paralelo con esta actividad destructora no existen técnicos que, de una u otra forma, contrarresten su actuación.

En los próximos números de la revista analizaremos algunas de las características que presenta esta lucha contra el deterioro del medio ambiente y, con mayor concreción, el caso español.

